

El teatro de la vida

La acción discurre al fin de la década de los sesenta.

Despacho privado de Lyndon Johnson. Semipenumbra. Por las grandes ventanas entornadas llegan del jardín los rumores de la boda de su hija pequeña, mezclados con los acordes de «Barras y estrellas», interpretado como un fox lento.

Johnson viste «smoking» negro con una rosa en la solapa. Acaricia constantemente un halcón diseccionado. De pie junto a él, también de «smoking», y como fiel asesor, Mac Namara.

Entra en el despacho, respetuoso y temblón, Bob Hope:

JOHNSON.—(Yendo hacia él con voz quebrada de ronquillo de tendido del 7) Bob, querido Bob. Muá, muá. (Le planta dos besos.)

BOB HOPE.—(Llorando sobre el hombro de Johnson) ¡Oh, padrino! No quieren darme este año el papel de trovador de Vietnam. Van a enviar a esa Joan Baez. ¿Te imaginas lo que puede ser esa asquerosa «contestataria»? Todos nuestros muchachos se nos pueden marchar a Suecia decepcionados. Veo extinguirse mi estrella. No sé qué hacer.

JOHNSON.—(Zarandeándole los generosos mofletes) ¿Hollywood te enseñó a llorar como una mujer? ¿Es este un modo digno de llevar el título de ahijado mío? Anda, vuelve a la fiesta y diviértete. Déjame que arregle yo eso. (Patadón en el trasero, cariñoso.)

(Johnson dice no sé qué al oído a Mac Namara.)

En otro lugar escénico:

Luz cenital sobre la cama de Joan Baez en el momento en que ésta despierta en un grito y empapada en sudor. Alguien ha introducido en su tocador un «long-play» de Frank Sinatra.

La Joan sale de najas en camión, con el terror dibujado en el semblante.

Nuevamente, el despacho de Johnson.

Este se encuentra mirando por los visillos. Dirigiéndose al halcón, le dice:

JOHNSON.—Durante el curso de una vida larga, plena y recompensadora, ya he visto muchos septiembrés y muchos otoños; he advertido las amplias dimensiones de los inviernos desagradables, pero jamás he dejado a la melancolía pesar sobre mi espíritu durante mucho tiempo.

(Mac Namara se acerca a él para susurrarle algo al oído.) Que pase.

Entra Mr. B-52. Viene ataviado de piloto en misión de servicio. Trae el casco en la mano. Hince una rodilla en el suelo y besa las manos del padrino.

Mr. B-52.—Hacedme el honor de admitir esta chuchería para vuestra hija.

Introduce en el despacho un enorme paquete con un lazo rosa

Entra como una centella, llorosa, la novia.

LA NOVIA.—Papá, papá... Esa Jane Fonda acaba de pinchar las ruedas de los autos de nuestros invitados. La odio, la odio (pataleta).

JOHNSON.—¡Como vaya yo...! Qué guerrera es esa chica. Con lo buen actor que era su padre.

Mac NAMARA.—Es.

JOHNSON.—¡Ah!, ¿pero no murió en

«tusa» de segundo lugar en el mundo para nuestros ideales y creencias.

LATINOAMERICANO.—Sí, pero... **JOHNSON.**—Veo muy poco que sugiera que nuestro sistema está fallando.

LATINOAMERICANO.—No, si el caso es que...

JOHNSON.—Contamos con el apoyo de la fuerza y la caridad de nuestra herencia religiosa y étnica...

LATINOAMERICANO.—A hora me voy más tranquilo, padrino.

Entra, como una tromba, la novia, que reclama al padrino para hacerse en el jardín la foto familiar. Salen todos. En el grupo figuran, entre otros, John Wayne (a caballo), Edward G. Robinson, el «clan» Kennedy, Joan Crawford, el viejo Truman, los Onassis, los Nixon, el cardenal Spellman... Todos miran al objetivo de frente. En el centro, Johnson, que repara de pronto en la presencia de Richard Nixon, y dirigiéndose de nuevo a su halcón, le dice:

JOHNSON.—(Orgullosa) ¡Mira! Si está mi «hijo» Richi! Tiene madera de sucesor. Creo que los jóvenes norteamericanos están tratando de comunicarse con nosotros. Con sus brillantes mentes juveniles, con sus nuevas enseñanzas frescas y una clara y nueva visión, han contemplado muchos segmentos de nuestra sociedad tal como deben ser vistos y comprendidos.

EL HALCÓN.—(Que resulta que se fingía diseccionado, exclama aburrido) ¡Y a mí qué me cuentas!

Johnson no tiene tiempo de reaccionar, pues le han puesto un largo cuchillo en la mano y ha de partir la gran tarta nupcial. Dentro del pastel aparece un guerrero vietcong, que sale corriendo. Gran desconcerto: gritos, desmayos. Surge a galope, con gran trompetería, el Séptimo de Caballería: John Wayne se une a la expedición de la captura.

JOHNSON.—¡¡Quietos!! Dejadle. Regalémosle, en este día memorable, la vida y la libertad de América. ¡Por mi hija!

Brindan todos y la orquesta ataca un dulce vals. Se organiza el baile.

THE END

Las digresiones de Johnson son reproducciones textuales de su artículo «Ante la primavera de una nueva América», publicado por el diario «Ya» el 7 de enero de 1973.

ABSURDO RAMIREZ

EL PADRINO

(Meloepa sentimental de Lyndon B. Johnson)

en la cumbre. Johnson lo desvuelve. «¡Oh, qué delicadeza!» (exclama el padrino). Se trata de un cazabombardero bipersonal modelo Coupé.

Mr. B-52.—He pensado que podrían hacer en él su luna de miel por el Sureste asiático.

Johnson, emocionado, le besa la frente.

JOHNSON.—Bueno, tú dirás, ahijado.

Mr. B-52.—Necesito que no se me racione el «napalm». Esta semana no nos ha llegado para nada. Esos senadores intentan, por todos medios, hundir mi prestigio personal.

JOHNSON.—¿Tenemos algún senador en nuestra «familia», Mac? (Mac le susurra, como siempre, algo al oído.) Bien, B-52. Vete tranquilo y diviértete. Enseñale a mi hija el manejo de tu bicho.

Mr. B-52.—Gracias, gracias, padrino...

(Le toma las manos y se las llena de saliva. El padrino no puede ocultar cierta repugnancia.)

JOHNSON.—¿A cómo está el kilo de «napalm»?

Mr. B-52.—A cincuenta y dos dólares, padrino.

JOHNSON.—¡Qué precios! Bien, no te derrumbes, B-52. Anhelo abrir el alma de los Estados Unidos a la cálida luz del sol de la fe en sí mismos: fe en los principios y preceptos de su nacimiento; fe en la promesa y en el potencial de sus recursos y la capacidad de su pueblo... (Va a la ventana, mira el bullicio alegre de la boda.) Tengo la convicción —una convicción cada día más profunda— de que este país y su pueblo están animados con la vida nueva y con el nuevo potencial de lo que será la primavera de una nueva América. ¡La América hermosa, la América justa, la América tierra de libertad y hogar del hombre animoso!

Guadalcanal? (La novia sale contenta, montada en el B-52 con Mr. B-52. Johnson vuelve a hablar con su halcón.) No comprendo a esa Fonda, ¿Por qué hace tales cosas? Desde la pristine presidencia de Thomas Jefferson, esta nación ha estado comprometida como ninguna otra en educar a todos sus hijos. Hemos considerado la mente de nuestra juventud como el recurso más valioso de los Estados Unidos y así hemos dedicado parte de nuestra riqueza al desarrollo de esas mentes. Mac: que pase el siguiente.

Mac NAMARA.—Es vuestro ahijado latinoamericano.

Entra el ahijado, vestido como Jorge Cafrune, pero sin barba.

LATINOAMERICANO.—Padrino. (Le abraza con ardor.)

JOHNSON.—¡Agggg!; ten cuidado, hombre, me has hincado las espuelas.

LATINOAMERICANO.—Perdón, padrino.

JOHNSON.—¿Qué tripas te duelen ahora?

LATINOAMERICANO.—Las nacionalizaciones, ché.

JOHNSON.—¿No hemos acabado de cuajo con esas tentaciones?

LATINOAMERICANO.—Temo que no, padrino. Nuevas amenazas. Y ahora por la vía democrática.

JOHNSON.—¡Vaya por Dios!

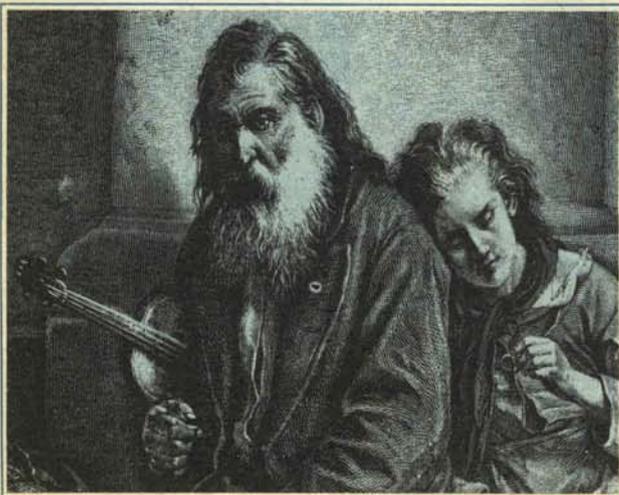
LATINOAMERICANO.—Proliferan por las tapias las pintadas de: «Yankis go home».

JOHNSON.—Eso no me inquieta. Que se desahoguen con la caligrafía. Además, es uno de los «slogans» más brillantes ideados por la CIA.

LATINOAMERICANO.—A la General Motors cada vez la quieren menos.

JOHNSON.—¿Desean volver a las diligencias? He consagrado mi tiempo sobre esta tierra a trabajar en favor del día en que no haya ciudadanos de segunda clase en los Estados Unidos, ni oportunidades de segunda calidad, ni justicia de segunda mano en el país, ni «sta-

EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—Llevo cincuenta años de canción protesta y ¡nada!



—... ¡y tres! Adjudicada por cincuenta dracmas.

